

Voy a tu ritmo,  
persigo los pasos que me separan en el tiempo del ocaso,  
las calles se estrechan, se tornan recuerdo familiar:  
El eco lejano del tren que silba en la noche,  
el sudor estéril de las fábricas, la bruma que todo lo  
esconde detrás de los cristales,  
el pecho erguido y tembloroso de una adolescente,  
y de nuevo la fábrica,  
el pensamiento perdido entre el humo, la pasión, el desorden.

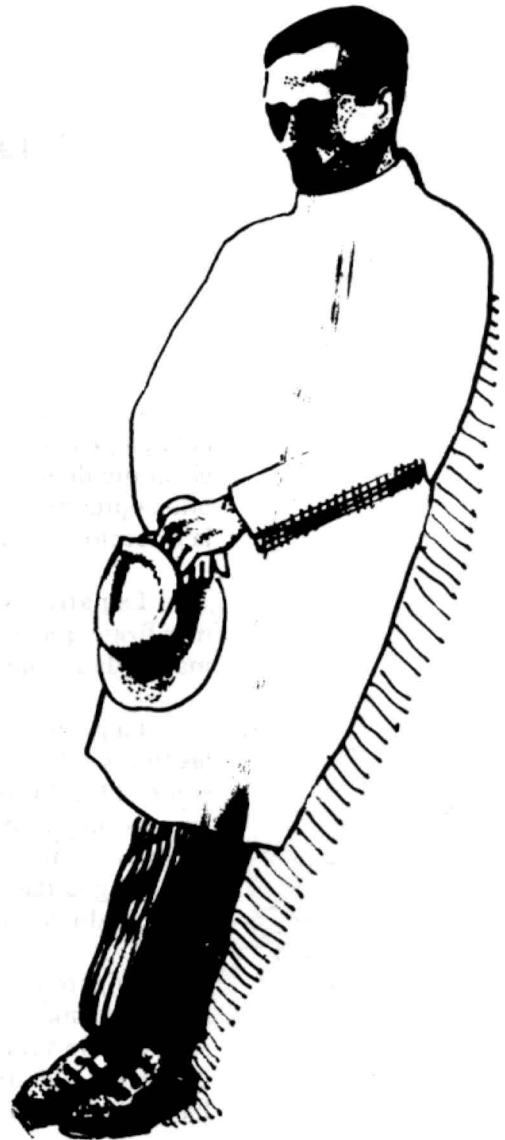
Voy a tu ritmo,  
a veces creo entender tu sonrisa de máquina,  
tu parloteo de conmutador mal encendido.  
Es como si yo mismo formase parte de tu burbuja de aceite,  
—soy tu sombra—, la sensación más espesa,  
y a veces creo entenderte,  
te siento entre mis sienes o atado a los tobillos de mi cama.

En cada ventana, detrás de la incertidumbre de un tabique,  
te siento hormigón y plomo,  
y miro la calle, me pregunto, intento adivinar que tienes  
de común  
con los que en mí se ven tan humanos como su corazón progra-  
mado les permite.

Voy a tu ritmo,  
aunque no venda un segundo de mi vida,  
a cambio de todo el metal fundido que desde siglos transita  
por tus venas.  
Y es que me sabes demasiado a escrupulo no atendido,  
a monumentos que ensalzan la seguridad de una vida hipotecada.

Pero aunque no quiera he nacido en tu locura,  
me han enseñado a desearla, a creer que la estupidez de unos  
pocos  
es mejor que la propia,  
a negar el significado de las palabras que sin querer he dicho,  
y han sonado bien en mis oídos.

Voy a tu ritmo,  
me dejaré caer en tus espaldas,  
aflojaré mis brazos, no apretaré los puños, seré uno más  
alzándose y cayéndose a tu paso.  
Y así como los otros, dejaré que mi sonrisa se despeña,  
y se convierta lágrima en tu cielo de crepúsculo olvidado.



MIKEL ESTANKONA